

EL JUICIO*

(Visitante hostil)

Virgilio Arenas Fuentes / Facultad de Ciencias. Biología.

Nuevamente estábamos reunidos en jurado; ahora los enjuiciados eran menos y quizá todo el proceso fuera más rápido.

A lo lejos se percibía ya una gama de colores de seres entremezclados con apariencia de lengüetas de fuego. Avanzaba yo con Jer, a quien me había encontrado antes y venía de no sé dónde, ya que, con la facilidad dada por el *Cromon*, se podía lograr ir muy lejos; en algunas ocasiones esto resultaba ventajoso, pero otras, pese a que el tiempo era mínimo, la distancia era enorme requiriendo incluso varias vidas para lograrlo; no es que realizar viajes tan largos fuera una necesidad imperiosa, sino que los resultados podían ser de enorme valor, es decir, los actos realizados en lugares tan lejanos, pero que no cayeran bajo el dominio de otro sol, eran sumamente polares; así, la ganancia podía ser muy grande, aunque la pérdida podía ser aún mayor.

Nos aproximamos al juicio, tomando lugar en sus inicios en un tono más luminoso, era sorprendente porque indicaba que la energía puesta en el juicio era de una gran potencialidad, es decir, la cantidad de seres podía ser la misma, pero la calidad o contenido energético de los enjuiciados ahora era muy superior a la que normalmente estuviéramos acostumbrados a ver; indicación de que los procesados eran importantes: quizá serían un Roj o un Az y aunque la posibilidad fuera remota, quizá un Dor; un juicio así era poco probable, ya que normalmente los juicios de estas categorías eran internos y mostrados como ejemplo para las escalas inferiores, porque los resultados del proceso solían ser muy drásticos y son espectáculos que se fijan intensamente en la mente.

Los procesados no podían ni mentir, ni ocultar la verdad e incluso el fallo final era dado por ellos mismos, y no era ni mayor, ni menor por esta causa, en consecuencia los juicios se realizaban meramente por espectáculo, ya que los premios y los castigos se daban irremisiblemente.

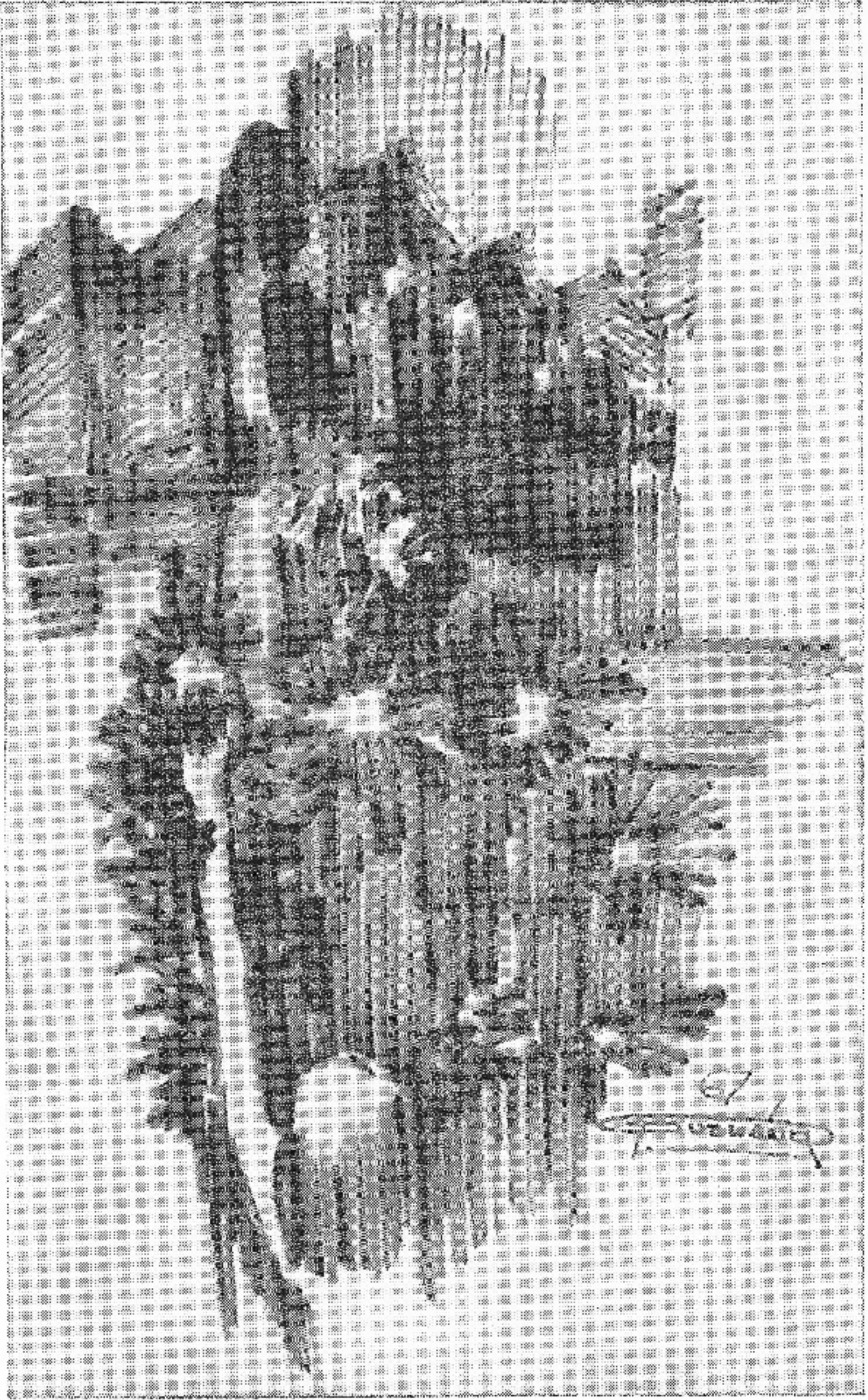
Pronto nos ordenamos alrededor de éste cada vez más resplandeciente juicio; Jer y yo quedamos colocados cerca. Hace algunas vidas nos habíamos conocido en un proceso semejante y desde entonces nuestros ascensos y descensos se habían realizado paralelamente, no en el tiempo, ni en el espacio, sino en el efecto; las medidas de tiempo y espacio ya las habíamos abandonado desde que se había operado la desgravitación. En ese mismo juicio conocimos a Jes y pronto supimos que sus características lo harían

* Este cuento y los siguientes corresponden a la 3ª, 4ª y 5ª mención del concurso de ciencia ficción convocado por la Facultad de Ciencias.

ascender o descender en forma poco usual; Jer lo había visto en un juicio en el que había logrado un triunfo sin precedente: alcanzar el rojo fosforescente en un solo viaje; desde entonces siempre viajó a esa minúscula partícula.

Recordaba mi conversación con Jer en el último juicio en que nos encontramos. Aprovechando la presencia de un juez-maestro logramos establecer en nuestra plática el promedio de vidas transcurridas desde que se efectuó la liberación, cuando nuestra civilización tenía nueve mil años de existencia y a partir de entonces cada uno de nosotros había vivido un promedio de 10,000 vidas; Jer intervino afirmando que éste era un valor relativo, ya que dependía de la coloración y situación inicial de cada ser, del medio en que se hallaban, y que a su vez estos últimos dependían de otros tantos factores, de los cuales el juez-maestro citó a manera de ejemplo el hecho de que las partículas dependían de condiciones anteriores, de visitantes anteriores y actuales; un poco molesto añadió a este respecto que podría considerarse como crimen el usar a los seres que poblaban nuestras partículas como medio para nuestra superación; sin embargo, yo afirmé que estas visitas tenían que suceder, por criminal o perjudicial que parecieran, además de que esos seres de las partículas dependían totalmente para su evolución, de nuestras visitas; incluso nosotros mismos habíamos sido seres materiales surgidos como seres pensantes de la evolución de la materia orgánica y no había sido sino gracias a las visitas de seres de otras estrellas, que habíamos logrado alcanzar nuestro estado actual, en el cual las invasiones estaban suspendidas por completo.

Sin embargo era cierto también, como afirmó Jer, que muchos pobladores de partículas habían desaparecido, retardando grandemente su desarrollo, o éste había sido detenido total e irremisiblemente; bajo estas condiciones les era imposible alcanzar un estado evolutivo superior representado por la eternidad: todo estaba sujeto a cambios, ya que un solo visitante podría cambiar el derrotero de cualquier comunidad por dañada que estuviera, pero innegablemente el esfuerzo tendría que ser mayor, mientras más desviada del curso correcto se encontrara; obviamente el riesgo era también mayor, por esto sólo algunos lo habían intentado viajando hasta esas partículas, y los triunfadores habían sido premiados con grandes ascensos en la escala cromática. Pero la tremenda caída de los perdedores era también sorprendente ya que, además de dejar a la población en peor situación de como la encontraran, sufrían castigos perdiendo, si la culpa era muy grande, incluso la eternidad; superar esta situación era sumamente difícil, ya que dependía de algún otro ser que la visitara; por esta razón pocos se aventuraban al riesgo de perder lo acumulado a lo largo de tantas vidas. Los había, con todo, uno de ellos era Jes o al menos así nos pareció a Jer y a mí; nosotros preferíamos avanzar lentamente, con triunfos mínimos pero seguros, aunque también descendíamos, pero esto era poco frecuente. A mí personalmente me parecía absurdo el intentar cambios tan bruscos ya que sabía de muchos que afirmaban que el intento, o simplemente el verse ante una gran empresa, causaba delirio; algunos superaban esta etapa, pero cuando el triunfo estaba más cercano la voluptuosidad delirante los llevaba a la enajenación más profunda, donde se perdía el sentido, la forma y el tamaño de las intenciones y al recuperarse de esta voluptuosidad ya todo estaba perdido y no sin tristeza reconocían que habrían de convertirse en materia, incluso en algunos el cambio se operaba inmediatamente y tenían que invadir escalas inferiores de la evolución del planeta, visitando esos parásitos horrendos, seres verdes que viven de explotar los destellos energéticos producidos en las estrellas más cercanas. Por los juicios que allí se realizaban o simplemente escapados de las caudas de los jueces-maestros, de los Roj, Az, o Dor que estuvieren libres, estos seres verdes aprovechaban que las energías cromáticas se trans-



Dibujo de Vicente Guzmán

mitían a grandes distancias, para producir su material orgánico, también indispensable para toda la comunidad del planeta.

El juicio se apresuraba, Jer y yo continuamos nuestra charla, aunque no precisamente en forma de plática física, Jer no tenía boca, nadie tenía boca y no producíamos sonidos; algunos todavía tenían esa capacidad, eran aquellos que aún tenían materia y formaban parte gravitacional del sol, pero no tenían en cambio la capacidad de viajar, aunque ya contenían gran cantidad de energía. Sin lograr separarse de su materia que aunque escasa, definía cuerpos o siluetas.

Jer y yo recientemente... bueno, desde hacía mil o dos mil vidas, nos elevamos de la etapa gravitacional, pero como pensamientos expresados en energía cromática y los colores que poseíamos permitían a nuestra energía ser más o menos penetrante. Nuestra mayor parte la constituyen las escalas Amr y Roj; Jer sin embargo tenía destellos de Az y yo tonalidades de Ver. Según las reglas del Comité Galáxico Infinitesimal, podíamos viajar en todas direcciones de la galaxia y ocupar cualquier ser, en cualquier partícula que a la galaxia perteneciera. Algunos jueces-maestros provenían de lugares más lejanos al igual que algunos otros, como yo, que por concesiones del *Cromon* habitábamos esta galaxia sin pertenecer a ella. Yo, siendo de la constelación de Arturo, ahora me encontraba en el Sol del sistema planetario xwm en la Vía Láctea; ya que mi última visita la había efectuado en el planeta Tierra, seguramente tendría un juicio por esa visita, que sería un triunfo y de gran alcance; ignoro cuándo será pues la falta del tiempo en nuestro estado etéreo, sólo nos permite medimos por vidas; así podía ser que mi juicio se realizara en dos o tres vidas más, ya que podía ser acumulativo, dependiendo todo del monto de la sentencia y se realizaba en cualquier sitio, incluso en cualquier estado de invasión o visita.

Mi viaje a la Tierra probablemente esté aún en análisis, no por los jueces directamente, sino realizándose en las energías cromáticas que poseo, en forma de cambios físicos inmateriales. Efectuándose como una maduración de las ideas, pasada la cual la sentencia se efectuaba.

Todo empezó cuando mi energía fue atraída hacia el planeta por una conciencia cuya situación me permitiría una fácil difusión de colores; la parte roja de mi cauda era la más elevada y la verde era de menor escala y me pertenecía desde hacía algunas vidas, pues mis visitas anteriores habían sido demasiado débiles, como para abandonar tan repugnante escala. Mientras me introducía en la conciencia recordé que éste era el planeta Tierra que Jes siempre visitaba; me interesó y me propuse descubrir el tipo de vida que la poblaba; estaba dispuesto además a obtener un triunfo mayor pese a que el riesgo fuera también peligroso; en toda forma no me arriesgaría tanto como para perder la eternidad en caso de fallar, por ello me trasladé primero al centro del hipotálamo, para gobernar la actividad y el modo de respuesta a los estímulos anteriores; después fui a la corteza cerebral donde aprendí el comportamiento cotidiano, en esta forma la respuesta que diéramos sería totalmente razonada, excluyendo y gobernando, según mi albedrío, todas las respuestas instintivas.

No me fue difícil hacerlo y lo logré en la mejor forma posible, entonces el temor de fallar o causar daño y el delirio me obligaban a huir, pero ya no me era posible hacerlo; ahora estaba materializado en infinidad de moléculas que actuaban como energías de movimiento y coordinación, sin embargo escapaba, parcialmente, pero lo hacía; la poca energía crómica que poseía en mis escapadas era sumamente baja y sólo se expresaba en longitudes de onda más estrecha, y tan sólo lograba ocupar organismos de más baja escala en organización nerviosa, cuando esto sucedía, el miedo me había abandonado y entonces regresaba.

Así las cosas, pronto pude organizar mi permanencia en la conciencia

del ser visitado, y logré encontrar un escape que me permitiera libertad aunque parcial, esto redundaba en el bien de mi amigo visitado y en la causa que yo seguía. Así en las noches cuando él descansaba, yo manejaba sus músculos y lograba salir en forma de palabras o movimientos musculares.

Posteriormente nos llegamos a comprender bien, yo no le hacía daño y sí le proporcionaba una situación de bienestar y satisfacción, por mi parte, yo aprovechaba los conocimientos que él adquiría para dirigirlo hacia un fin útil para él y de triunfo para mí.

Nuestras buenas y conscientes relaciones nos mantenían contentos; él reía y entonces mi porción cromática enrojecida palpitaba en forma desordenada en cualquiera de sus músculos, ya fueran los labios, los párpados, la barbilla; sin embargo hube de reprimir estas manifestaciones pues a él más que dañarlo, lo asustaban y esto lastimaba y obstruía nuestras relaciones y progresos; él los llamaba *tics* nerviosos y entonces ingería sedantes que me obligaban a reducirme energéticamente a una mínima expresión.

Por las noches mientras le hablaba, nunca pude hacerlo comprender la naturaleza de mi ser, mi origen y mis expresiones, sin embargo él me llamaba: alma, espíritu, ente y trataba de comprenderme. Pronto tuvimos una gran confianza y eso lo hacía ver mi presencia como normal y le facilitaba vislumbrar para su mundo un futuro bastante evolucionado y progresista, aunque no muy bien definido; pero su simple inquietud me daba la esperanza de que mi visita sería un triunfo si mi visitante sobresalía.

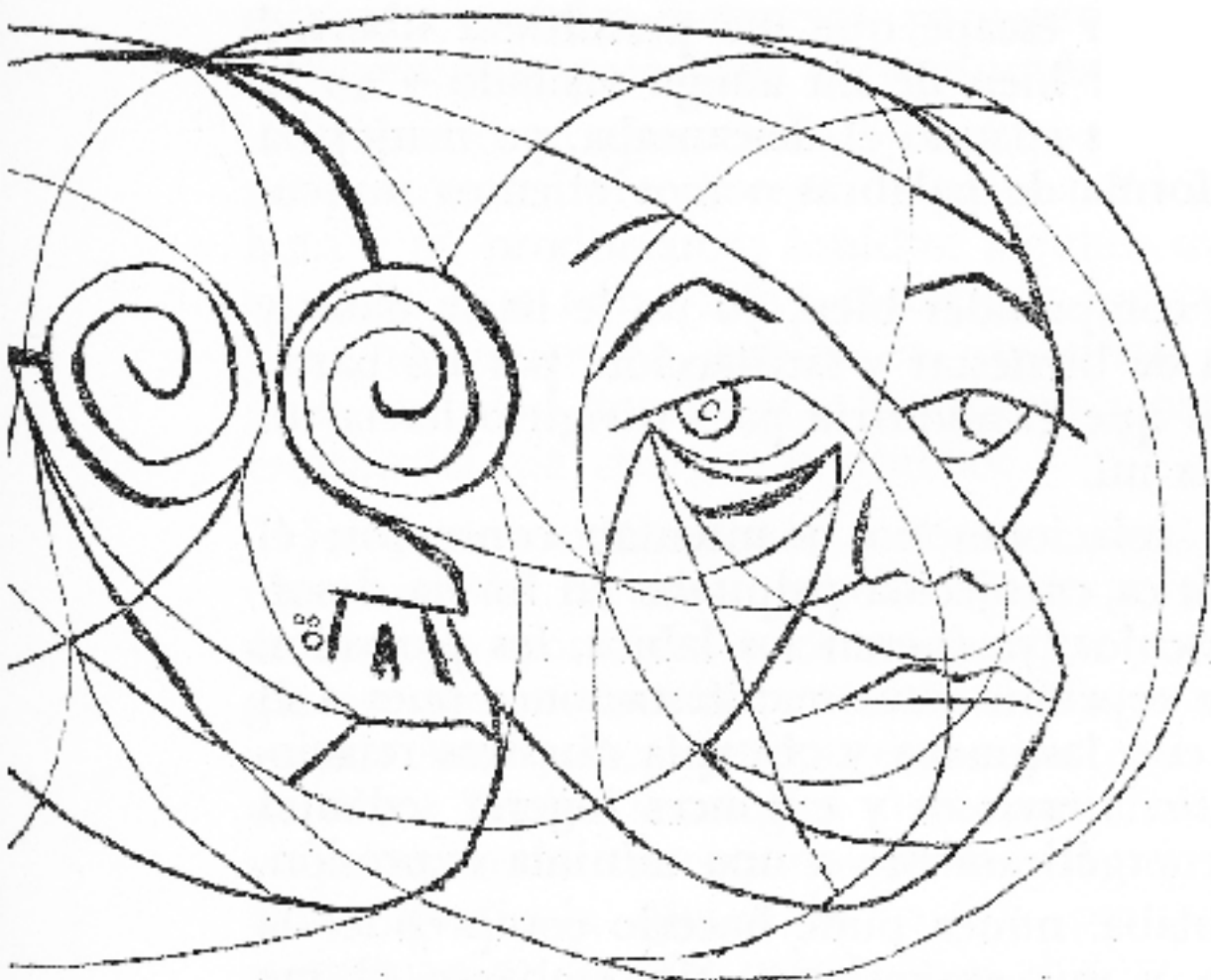
En una ocasión algo me provocó una exaltación, todas las moléculas que constituía vibraban incesantemente; mi energía estaba liberándose y pude huir, pero hubiera sido cobarde de mi parte hacerlo y decidí usar este momento para dilucidar sus dudas sobre mi persona; entonces salí y me expresé en siluetas a su semejanza, ahora ya sabía cómo era. Después entraba y salía de él incesantemente provocándole diferentes estados de ánimo para que supiera dónde actuaba yo y qué hacía; después de salir y entrar infinidad de veces logré que me comprendiera. Esto le ocasionó un fuerte cansancio físico que lo dejó casi exhausto y a mí un estado de sopor y relajamiento que nunca había experimentado, pero sin embargo estábamos contentos de habernos conocido tan abiertamente; ahora sus capacidades fueron mayores y más limpias o menos reprimidas, su visión de pasado y futuro fue más amplia y yo tuve así modo de conocerlo mejor y supe que mi triunfo podía ser más grande, aunque el riesgo también fuera mayor, la voluptuosidad del triunfo empezaba a enajenarme pero el control que él y yo ejercíamos era total. Cuando pienso en esto, no dejo de agradecerle su cooperación pues sin él, quizá mi descenso hubiera sido inminente.

Junio, 1946.

Ciudad de México. Primavera.

Soy un infante, débil, pequeño, tengo dos años de vida y mi cuerpo pierde la vida y gana la muerte. La articulación de palabras en mis labios se pierde y es cada vez más imprecisa y delirante, mi pulso ha perdido cadencia y mis impulsos ya no mueven mis miembros, ya no hay gemidos y mis manos ya no alcanzan a tocar el rostro de mi madre.

Mi vista cada vez más nublada ya no ve sino siluetas que se pierden, formas sueltas vuelan sin control a mi alrededor, corren, pasan, me traspasan y agujonean mi débil cuerpo, lo convulsionan a su antojo; estoy indefenso, algo palpita en mi cerebro delirante, y quiere salir y empuja desde dentro del cráneo para escapar, temeroso cierro los ojos y no huye, los aprieto con fuerza y lo retengo, la fuerza escapa y mis ojos se abren exhaustos; me consuelo, nada ha pasado, nada ha huido, está conmigo. Después rostros de seres humanos, mis parientes, que me ven y poco a poco se



Dibujo de José J. Gaona

desvanecen del alcance de mi vista, no los veo; los sonidos son campanadas de una repercusión que dura días, horas o segundos, he perdido el tiempo, no lo siento, pero estoy vivo. Ha pasado la prueba, lo vi, vi la dimensión sin infinito, sin tiempo, por eso no me muevo, no hay tacto, no hay recuerdo.

Al día siguiente permanecí en mi lecho. El olor a medicina, a gente, me irritó el olfato y desperté. Rodé la cabeza sobre la almohada y vi la calle, los autos; cerca de mí la cabellera de mi madre yacía tendida sobre mi lecho, abrió los ojos que fueron invadidos de alegría al verme sereno y descansado.

La fiebre ha pasado, y mi cuerpo ha recuperado su salud, la enfermedad se ha ido y para sorpresa de los presentes he vuelto a la vida.

Ha pasado el tiempo, mi cuerpo sano ha crecido, mi deseo se ha despertado y la duda eterna inicia esbozadamente sus manifestaciones. La lectura de tratados de ontología no me resuelve nada y la duda se amplía más, la filosofía, la teología, la psicología pasan y nada resuelven.

Mientras tanto, siguiendo un impulso desconocido me he avocado desde niño al estudio y comprensión de la vida y sus manifestaciones, así de chico me preocupaba el modo de vida de la lombriz de tierra, la extraña forma de subsistir del reino vegetal, la feliz virtud que poseen las aves al volar, la extraña vida y forma de las medusas, las mil formas de insectos; finalmente el estudio de los fenómenos evolutivos ha recibido mi empeñoso estudio, me ha apasionado el origen de la vida. Pero al fin de todo ¡qué seres tan extraños viven en mi vecindad, qué extrañas capacidades poseen, qué diferentes de nosotros, qué comportamiento tan natural, qué falta de preocupación de sí mismos, qué falta de duda sobre sus orígenes y sus fines! No, no podemos ser iguales a ellos, nosotros no somos de aquí o no podemos ser totalmente terrícolas.

Pasan los días y, por las noches, cuando el sueño de unos hace justicia a otros, cuando mi cuerpo cansado demanda descanso en las circunvoluciones de un cerebro probablemente enfermo, palpitan y se apretujan las dudas y las preguntas, al fin mi sonambulismo las extrae y afloran y el cerebro sigue proliferando más y más preguntas en un basto sinfín, pero yo ya descanso. Hablo y camino por las noches y sólo el frío y el descanso me llevan nuevamente al reposo. Pero siempre invariablemente antes de ser

y entrar en el reposo, he pertenecido a las más insignificantes manifestaciones de vida, he sido protozoa, esponja, planta, piedra, cosa; el horror surgía cada nueva noche, los gritos que exhalaba mi garganta sin mi control me despertaban y aterraban y entonces despertar y nuevamente caer y volver y sumergirme en la voluptuosidad de un cuerpo polimorfo, dúctil, ahora masa ciliada, de movimiento rítmico, irreal, rara locomoción en un medio de grutas, de piedras en el aire, de seres pequeños; ansias de sorber un líquido viscoso, amamantado en la obscuridad más densa, y ya cuando la paz llegaba, cuando ya todo me era natural, vuelta a explotar, y ser bola de luces, fuego y vagar, sensación de estar y no estar, de migrar con el viento, de romper la gravedad, de caer e ir subiendo y de pronto nuevamente el pánico. Mi luz penetraba en lo impenetrable, su compresibilidad inimaginable se realizaba y era partícula de materia por nacer y pronto pasar a formar parte de otro ser, que me consumiera hasta integrarlo, luego ser pez y nadar y desplazarme y morir nuevamente, para formar una simple partícula, un desecho orgánico reseco por el sol, y yo ahí dentro, presente y después nuevamente escapar y ser luz, arcoiris, nada fijo, ningún color y después abrir los ojos para palpar mi cuerpo, y *Despertar*.

Ahora eso ha pasado ya, ya no migro, soy estable desde aquella noche de orgía de colores, en que me fue revelado el secreto de la existencia humana. Había oído hablar del hombre, de su vida, pero aún no había encontrado la respuesta a esta doble vida, a su *Homo sapiens*. Es decir a su existencia espíritu-materia, yo conocía el origen de la carne del movimiento, de la vida, pero y . . . ¿el pensamiento?, ¿el carácter?, ¿el criterio?, ¿la fe?, ¿la inconformidad?, ¿la explosión y las diferencias?

Julio, 1966.

Ciudad de México. Primavera y verano.

En el fin de semana de la primera de julio, siguiendo con un compañero el estudio de los efectos de la psilocibina, tuve una prueba personal de sus efectos. La comimos en casa de un compañero, 24 mujercitas sirvieron para producir un efecto admirable.

Todo empezó con una suave risa que quería escapar de la comisura de mis labios y frustradamente quería yo retener; pronto estalló, y una sonora carcajada me sumergió en mil y una alucinaciones de colores, figuras exóticas, viborillas de dulce, moviéndose incesantemente en una madeja viva, paisajes extrañamente iluminados, con raro colorido nunca visto. Abrí los ojos temeroso de todo lo desconocido, ya era tarde, el efecto, cada vez mayor, me producía alucinaciones con los ojos abiertos, la perspectiva se había hecho aguda, más cerrado el vértice del infinito, el cuarto en que me hallaba y las nuevas formas de mis compañeros me obligaron a reír, manchas brillantes corrían por sus mejillas y en los ángulos de sus ojos. Su apariencia de payasos inició la hilaridad; la voluntad me obligaba a contenerme pero el esfuerzo que hacía para controlarme era cada vez mayor y los resultados parecían y eran imposibles. Me entregué a la alegría y canté, retocé sobre una cama, saltando en el suelo cubierto con una sábana y haciendo versos faltos de sentido; me sentía feliz y en verdad lo estaba. Las manchas se hicieron sombras que flotaban en el aire; yo también flotaba y me reía de hacerlo, las bromas ingenuas acudían a mi cerebro y reía con limpias carcajadas al pensarlas y al hacerlas; qué alegría al cerrar los ojos y ver cuadros de luces armoniosos, desplazándose en cadenciosos movimientos, qué alegría al sentir la tranquilidad de estar acostado sin ningún prejuicio; pero de pronto caer y seguir cayendo en un infinito que sólo se prolongaba hacia abajo, y tener la cabeza agarrada arriba, tan arriba que ya casi no la podía yo ver, y sufrir entonces la lejanía de las partes de mi cuerpo despedazado, y llorar amargamente debajo de una cama . . . Y ahora

de pronto soltar en carcajadas mis lágrimas caídas, y sorberlas y sentir y paladear su gusto dulce y duradero . . . y de pronto convertirme en lágrima, en gota de agua resumida y hundirme en la tierra y sentir la extinción cercana y entonces llorar y suplicar y clamar piedad . . . y empezar a reír de verme arrodillado y mofarme del que me escuchaba con atención. ¡Qué angustia y desesperación de clamar ayuda y negármela yo mismo, por mi risa que estallaba sin dominio, y entonces analizar con seriedad los efectos de la droga e iniciar una explicación a mis compañeros y empezar a reír y nada más, fuera deseo de explicar, y reír de ver la cara de los demás . . . y llorar por no poder contener mi risa. Las luces que me rodeaban adquirieron forma y formaron maniqués de colores que danzaban a mi alrededor; los veía, los seguía con mi vista, ya no reía, ya no lloraba . . . de pronto la silueta roja, el maniquí rojo se me absorbió por la piel, estaba dentro de mí y empecé a reír, mi estómago, mis músculos bailoteaban felices, las bromas surgían y la risa estallaba . . . Luego la silueta verde se me metía por toda la superficie y desplazaba con rapidez y sin premura, a la sombra roja y yo la veía irse y entonces lloraba y mil pedazos de mi cuerpo luchaban por separarse y entonces supliqué piedad y compasión, la sombra roja volvió y salió la verde, y volvió a entrar y volvió a salir y yo observando con pánico aquel juego de luces que me atravesaban impunemente y sufrir una y otra vez su entrar y salir, y sentir una y otra vez mi risa y mi llorar.

Luego una sombra blanca, platinada, me hacía descansar y me hacía ver las cosas, y supe que las sombras eran mi alma y eran mi criterio y mi carácter que antes tanto me agobiaban como punzantes preguntas al fin respondidas; con la sombra blanca dentro de mí, palpitaron nuevas intenciones, nuevas ideas, verdades, . . . *felicidad y paz.*

En el mundo de los seres, las caudas azules, doradas, rojas, amarillas rodcando al sol, arreglaban la policromía del lugar. Las carnes transparentes, casi ausentes, daban peso y cadencia a la estructura.

Era el sol, justo donde se repartían las almas nacidas ahí y en otros mundos. Se desprendían por falta de peso y ausencia de gravedad y se perdían en el espacio vagando así, hasta llegar a un mundo joven, a donde eran atraídos por la solidez de las carnes de sus pobladores, a quienes daban carácter, criterio, fe y amor.

Las carnes heridas, los ojos desorbitados, mirando hacia el poste de la bíblica cruz, los miembros desencajados, ni un solo movimiento, ni un hálito de vida.

Aquella cruz gigantesca ocupaba todo el espacio y todo el infinito, la sentencia cayó y los jueces pronunciaron el discurso:

Tu triunfo era inminente, habías salvado de la ruindad a los pobladores del planeta, los habías enseñado a amarse, habías roto sus envidias y rencores. Pero los engañaste, les prometiste un cielo . . . y no existe, un eterno descanso . . . y no lo hay. Elevaste tu figura al centro de su vista y detuviste su desarrollo por el tuyo. Los has acabado, les has quitado el valor, los has vuelto temerosos y ahora nada hacen, tan sólo piden . . . y tú has caído en la enajenación del triunfo y antes de irte los culpaste y señalaste para siempre. . .

Era Jes y era juzgado; el halo dorado se fue haciendo más y más grande, menos informe, el círculo dorado adquiría forma: primero fue flama, resplandecían lenguas rojas y amarillas que se separaban del ya inerte cuerpo, que cada vez fue más pequeño, menos imponente; eran cenizas. Perdido el brillo, las flamas se volvieron protoplasma amarillento que en histeria permanente se convulsionaba en anhelo imposible de levantarse del suelo . . . todo había terminado, un juicio más había pasado, mil horas de un mundo pequeño resuelto en un segundo. El reo había sido culpable y sentenciado a ser la mínima expresión de los grandes e inmortales seres solares.